

EVE VALDANE

EL LIBRO MALÉFICO
DE LAS HADAS

Título: El libro maléfico de las hadas

Autor: Eve Valdane

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sin autorización escrita de los titulares del copyright, salvo excepciones previstas por la ley.

Copyright © 2026 Eve Valdane

Todos los derechos reservados.

NOTA AL LECTOR:

Esta antología incluye contenido de terror y fantasía oscura que puede resultar sensible para algunas personas. Las situaciones y personajes descritos son completamente ficticios y tienen como único propósito el entretenimiento. La obra no romantiza ni promueve la violencia, el abuso, la manipulación emocional ni otras conductas dañinas. Nada de lo aquí narrado pretende ser ejemplo ni modelo de conducta. Se recomienda la lectura con criterio y discreción.

ÍNDICE

Prólogo: La cabaña en el bosque	11
El espejo de la madre sangrante	21
La torre de los pájaros	37
El hada de ceniza	51
La ninfa del río	73
La princesa del féretro de cristal	85
Los huesos cantores	99
La cabellera envenenada	117
El huerto de la luna	129
La leche negra	139
La bruja del bosque negro	155
El hijo serpiente	169
La novia del lobo	191
La amante del sepulcro	213
Epílogo: Eterno Retorno	231

Siempre corres peligro en el bosque, donde no hay gente. Pasa por los portales de los grandes pinos, donde las enmarañadas ramas enredan y atrapan al viajero incauto como si la propia vegetación estuviera conchabada con los lobos que viven allí, como si los perversos árboles pescaran en nombre de sus amigos; pasa entre los postes del bosque con la mayor inquietud e infinitas precauciones, porque si te sales del camino un solo instante, los lobos te comerán. Son grises como la hambruna, crueles como la peste.

La Cámara Sangrienta
Angela Carter

No pude reprimir un grito de horror cuando lo vi por primera vez. Era lúgubre, siniestro. Con grandes ojos amarillentos, casi redondos y sin parpadeo, que parecían penetrar a través de las cosas y de las personas.

El huésped
Amparo Dávila

PRÓLOGO

LA CABAÑA EN EL BOSQUE

La muchacha corría con el corazón desbocado y el vestido enlodado hasta las rodillas. El viento le golpeaba el rostro como un látigo de hielo. Era una mariposa en la red que los árboles habían tejido para capturarla, y ahora, bajo la lluvia torrencial, el bosque le parecía un mundo sin límites ni salida.

El cielo rugió sobre su cabeza. Los troncos, húmedos y retorcidos, se inclinaban hasta rozarse y entrelazaban sus ramas en lo alto, semejando arcos fantasmales que sostenían el techo de un castillo en ruinas, abriendo resquicios por los que se colaban apenas unos cuantos jirones de nubes grises. Las hojas muertas se quebraban como huesos bajo sus pies; a cada tanto, entre las sombras, algo se confundía con otra cosa siniestra: raíces que emulaban dedos retorcidos, piedras musgosas que parecían cabezas semienterradas, charcos que la hacían resbalar sobre cuerpos viscosos. El viento silbaba entre las ramas... juraría que en ese silbido se escondía una risa burlona.

¡Cuánto se arrepentía de haberse desviado del camino! Debería haber escuchado la advertencia de su madre. Todo había comenzado con un juego inocente, recolectando moras silvestres para llevar a casa. Su aldea no se hallaba demasiado lejos, y ella, que se jactaba de conocer bien los senderos, creyó que nada malo

podía ocurrirle. Pero los árboles, traidores, se multiplicaban a su alrededor y borraban el camino, cambiaban de lugar mientras no miraba.

El aguacero arreció, empapándola. El frío le calaba los huesos, los dedos de las manos apenas le respondían. En su desesperación, creyó distinguir un resplandor a la distancia, una luz vacilante que no podía ser un rayo. Corrió hacia ella, tropezando con raíces ocultas bajo la hojarasca. Y entonces, en un claro insólito, apareció ante sus ojos una solitaria cabaña de piedra ennegrecida. Pareciera que el bosque la hubiera mantenido en secreto, esperando justo ese instante para dejarla ver.

La casita era lúgubre y despedía un aire profano, peligroso. No obstante, en aquel momento suponía su única salvación. Dio un paso inseguro hacia el umbral... y la puerta se abrió suavemente, movida por una mano invisible. Invitándola en silencio.

La chica se quedó inmóvil, el pulso le martilleaba las sienas. Una anciana salió de pronto, encorvada como un roble carcomido. Tenía cabellos de ceniza y una amplia sonrisa en la que mostraba todos los dientes.

—Oh, pobrecilla —entonó melosa, casi cantarina—. Ven, ven, no te quedes ahí, la tormenta te tragará viva.

El rostro de la vieja era un entramado de arrugas, con ojos negros que brillaban en la penumbra cual carbones encendidos. Acuciada por la lluvia y el frío, la muchacha aceptó la invitación pese a la repugnancia que le inspiraban sus facciones. Cruzó el umbral sin pensarlo, atraída por el calor de la cabaña.

Un aroma dulzón impregnaba el ambiente, mezcla de grasientos embutidos que colgaban en ristras y de algo más denso, quizá fruta madura a punto de pudrirse. Un fuego agradable chisporroteaba en una chimenea baja, la mesa estaba atestada de frascos de conservas: mermeladas espesas, encurtidos, jarabes de colores apagados. Había pan duro en una cesta, una jarra de leche agria, tubérculos en cuencos de barro. Enseres rústicos. Más allá, vio estantes abarrotados de cachivaches excéntricos: calaveras blanqueadas que sonreían bajo el fulgor de los candiles, pequeños

ídolos de madera pintada, plumas y huesos atados en rojos cordeles.

La anciana la observaba con gesto empalagoso, como si cada uno de sus movimientos le resultara delicioso de contemplar.

—Sécate junto al fuego, niña mía. Aquí estarás a salvo. Nadie vendrá a buscarte en medio de la tormenta —dijo. En su voz había un dejo socarrón disfrazado de ternura.

Ella asintió, temblando.

Sus ojos vagaron tímidamente a su alrededor. El resplandor de las velas proyectaba un destello turbio sobre los frascos de cristal, en cada rincón palpitaba un secreto. Cuando por fin se volvió hacia la anciana, ésta ya la estaba despojando de su capa húmeda. Ni siquiera la había sentido aproximarse.

—Déjame, déjame quitarte esto, pobrecilla... —dijo, y le arrancó la cesta de frutos encharcada—. ¡Mírate! Vas hecha una sopa. Si sigues con esas ropas, la fiebre te llevará antes del amanecer.

La chica quiso protestar, pero la vieja era demasiado insistente y no admitía demora.

—Vamos, vamos, niña —prosiguió—, quítate ese vestido. Siéntate al fuego, que te devuelva el calor a los huesos.

Azorada, obedeció. Se despojó de su vestido sencillo, ajustado en el talle por un corpiño estrecho y deslucido después de tanto usarlo. Debajo llevaba una combinación ligera de algodón que la lluvia había vuelto casi translúcida, revelando sin pudor las curvas incipientes de su cuerpo. Sus cortas enaguas se le pegaban incómodamente a la piel. Los zapatos de cuero estaban deformados por el agua, las medias le pesaban como si fueran de plomo.

La anciana recogió las prendas y las tendió sobre unas cuerdas cerca de la chimenea mientras su invitada se abrazaba a sí misma, las mejillas encendidas de vergüenza.

—Así está mejor... —murmuró, observándola. Sus ávidos ojos le hicieron pensar en un depredador al acecho—. Pobrecilla insensata, vagando por el bosque con este tiempo. El bosque no es

lugar para juegos, no cuando las ramas pueden cerrarse sobre ti y los ojos de los lobos hambrientos siguen cada uno de tus pasos.

La muchacha bajó la mirada, afectada por la dulzura envenenada de sus palabras.

—No estaba jugando —balbuceó—. Sólo iba por frutos, me desvié... yo...

La anciana rió por lo bajo.

—Excusas de niña traviesa. Has tenido suerte, nada más. De no haber tropezado con mi puerta, estarías ahora perdida en la oscuridad. O peor.

La chica apretó los puños sobre su regazo, disimulando su temor. Sospechaba que había caído en una trampa. Permaneció acurrucada junto al fuego, frotándose las manos, el calor de las brasas comenzaba a devolver el color a sus mejillas.

—Gracias por acogerme, abuela, pero apenas cese la lluvia, ¿podría indicarme el camino de regreso? Mi madre estará preocupada y la aldea no se encuentra muy lejos... creo.

La viejaladeó la cabeza, clavándole una mirada burlona.

—¿Regresar? ¿Y a dónde podría llevarte esta tormenta, sino de vuelta a mis brazos? Ay, pequeña mía, sería insensato perderte otra vez en la espesura, con este aguacero ni las bestias se atreven a salir. Mejor quédate tranquila. El bosque sabrá cuándo soltarte. Y mientras tanto, yo cuidaré de ti.

—Necesito llegar a casa...

—¿A casa, dices? ¿Con qué pies, si la lluvia ya se tragó los caminos? Ya te lo dije, niña mía, el bosque es celoso y no devuelve a quienes toma. No esta noche, no con el cielo en guerra. Tal vez mañana, si el día amanece claro.

—No quisiera causar molestias.

—Molestarme, dice... ¡si eres un regalo en medio de la tormenta! —se inclinó sobre ella, posando una mano huesuda sobre su hombro que la hizo estremecer—. Sé sensata, pequeña —añadió en un susurro—. Quédate. Aquí tienes fuego, alimento y compañía. Afuera sólo hay barro y lobos hambrientos.

La joven se encogió, nerviosa. Quería negarse, pero cada réplica de la anciana la ataba con la fuerza de una cuerda invisible.

—Ven, mi niña —le dijo, levantando un plato humeante desde un caldero que bullía—. Come algo, que el frío te habrá vaciado más de lo que crees. No queremos que te desmayes.

El plato contenía guisos densos y fragantes: trozos de carne cocida flotando en un caldo oscuro, raíces y setas hervidas, pan duro remojado en mantequilla y hierbas olorosas. La muchacha dudó; no estaba hambrienta. El semblante voraz de la mujer y el miedo a desairarla la obligaron a tomar la cuchara.

—Buena chica —murmuró. Sus dedos deformes le rozaron el cabello mojado, acomodándole mechones pegados a la frente—. Quédate tranquila, que aquí nadie te hará daño. Estaremos juntas hasta que la tormenta pase.

Todo en aquel lugar era acogedor a la vez que repulsivo; el fuego, la comida, la fealdad y suavidad de las manos que la tocaban, regodeándose en su sumisión.

—Has tenido suerte, niña. No todas las presencias del bosque son afables. Algunas se tragan a las criaturas débiles sin pestañear.

—¿Es que hay más personas viviendo por aquí?

—Oh, no les lles llames personas. Son antiguos moradores, más viejos que las tumbas. Ninguno necesitaría llamarse hombre para devorarte.

La muchacha masticó un trozo de carne y se obligó a tragar, añorando más que nunca su casa. Pensaba en la seguridad de estar entre los suyos, deseaba estar calentita dentro de su cama, bajo las mantas que su madre le había tejido amorosamente.

—En la aldea sólo me han hablado de lobos y de osos.

—¡Bah! Las aldeas callan lo que no entienden. Creen que el bosque solamente guarda bestias de cuatro patas, nunca hablan de las otras, las que esperan y saben fingir.

La vieja se apoderó de uno de los gruesos embutidos que colgaban del techo y le hincó los dientes, haciendo un ruido desagradable al engullir. La chica sintió un nudo en el estómago.

—Esos pobres ignorantes... te advierten de lobos, ¡ja! Como si los colmillos fueran lo peor. Hay ojos en la espesura más listos que cualquier lobo, siempre atentos a la inocencia. Imitan cantos y luces para perderte en el bosque, sí... aunque ciertamente, no son lo peor. En las aldeas también hay bocas amables que muerden más hondo. Ésas, niña, son las que nunca te enseñarán a evitar.

La joven la miró, frunciendo el ceño.

—Los míos nunca me harían daño, no son como las alimañas del bosque.

—El bosque es cruel, niña, pero al menos es honesto. Son los hombres quienes esconden sus colmillos detrás de promesas. Oye bien lo que te digo.

—Pues al menos en mi hogar, todos se ayudan cuando pueden. Son buenas personas, nunca harían daño a nadie.

La anciana emitió una carcajada seca que retumbó en las paredes, sobresaltándola.

—¡Oh, qué tierna eres! —exclamó, sacudiéndose el cabello ceniciento—. Tan ingenua, no sabes nada de la vida. Lo cruel no se ve a simple vista, chiquilla, a veces ni siquiera lo reconocemos en nuestra propia piel. Los moradores del bosque se conforman con carne. Los hombres, en cambio, devoran tu voluntad.

Por el rabillo del ojo, la muchacha creyó ver las sombras que el fuego dibujaba en la pared, asintiendo al ritmo de las palabras de su salvadora.

—La bondad es rara y la crueldad común. Eres afortunada de haber caído en mis manos y no en las de un corazón hambriento. Podría haber sido distinto, ya lo creo que sí. Porque lo que más hiere no siempre tiene fauces ni garras, a veces solo late dentro de un pecho humano.

La anciana se dirigió hacia un estante polvoriento al fondo de la cabaña, donde cogió un libro bastante peculiar. Las tapas eran de cuero grueso, oscuro y rugoso; la piel palpitaba ligeramente en sus manos decrepitas.

—Este libro es especial. —La vieja acarició la tapa como quien toca la jaula de una bestia dormida—. No tiene nombre, pero

guarda historias que ocurrieron en reinos recónditos. Historias sobre el corazón de los hombres.

Mientras hablaba, lo depositó cuidadosamente sobre la mesa atiborrada. Sus dedos recorrieron el lomo buscando algo, tal vez un encantamiento escondido entre las fibras del cuero. El libro se estremecía bajo su tacto y la muchacha no podía apartar los ojos, pese a los espasmos que le erizaban la espalda.

—Toma —la anciana dejó frente a ella un cuenco pequeño de té—. Bebe.

La chica se llevó la taza a los labios y la infusión le quemó la boca, dejándole un gusto amargo en la lengua. Miró de nuevo el libro, que aún palpitaba, clamando por su atención.

Acto seguido, la anciana lo abrió de manera solemne. Las páginas se deslizaron en cascada, sin manos que las tocaran, y la cabaña entera contuvo el aliento. El interior no era como el de un libro cualquiera. Las hojas tenían el color y la textura del pergamino; las palabras estaban hechas de trazos elaborados, llenos de curvas delicadas y arabescos sutiles. En algunos bordes había hilos cosidos con algo que parecía pelo. Una mano cruel se había encargado de ilustrar los textos con macabro detalle. Grabados antiguos, coloreados con sangre y añil, adornaban historias de pesadilla: una mujer sangraba en el interior de un espejo enmarcado en oro; una niña dormía entre sus largos cabellos, enroscados en torno a su cuello como lianas oscuras; en una escena; un arcón que emergía entre las raíces abiertas de un roble revelaba un tesoro de huesos humanos. Había un río cuyo reflejo en el agua devolvía la imagen de una pálida doncella sufriente; había manos infantiles en forma de ramas; y un vestido hecho de plumas negras que devoraba viva a su portadora.

Algunas páginas lucían el desgaste de lecturas por cientos mientras que otras, en blanco, esperaban pacientemente la tinta de historias que todavía no se contaban.

—Aquí hay una buena —la anciana señaló el espejo de la mujer sangrante—: un cristal que no refleja rostro, sino la inmundicia del alma. Míralo bien, que quien se contempla en él se vuelve cebo.

Volvió la página.

—Allí hay otra —musitó—: una muchacha se fue a dormir y olvidó despertar. Mientras soñaba, la vida siguió rodando y un hombre caprichoso se apoderó de ella.

Pasó otra hoja.

—Escucha esto —añadió, bajando la voz hasta convertirla en una especie de arrullo—: huesos que cantan entre las raíces del bosque. Alguien oyó esa canción y selló la desgracia de su destino.

Cada vez que hablaba de un relato, algo cambiaba en la cabaña. La luz parecía arder menos, la vela junto al libro exhalaba una flama más tenue, como si las palabras se alimentaran de su fulgor. A cada cuento mencionado, la muchacha sentía una alteración en su cuerpo: cuando le habló del espejo, un frío seco le arañó la nuca, rozándole la piel con dedos fantasmagóricos; al escuchar sobre la muchacha que dormía, notó un peso en las pestañas y el simple acto de parpadear se convirtió en una tarea imposible. Al mencionar los huesos, un hormigueo subió por sus manos y le heló la sangre en las venas.

La vieja no narraba las historias —eso, dijo, habría de hacerse a su tiempo—; sino que se las ofrecía en pequeños comentarios, un tétrico aperitivo antes de servir el succulento plato principal. La naturalidad con la que lo hacía empujó a la joven a creer que todo aquello era auténtico, que había sucedido a la vuelta de cualquier recodo del mundo.

—No son cuentos de niños —le advirtió—. Son lecciones. Cada una te mira y tú tendrás que mirarla de vuelta.

La muchacha, asida a la taza ya fría, se dejó llevar hasta un punto en que ya no supo distinguir si era su voz lo que la estaba reteniendo o el latido del libro. Ya no sentía la urgencia de moverse, el calor la envolvía con tal dulzura que apenas percibía el rumor del fuego y el compás hipnótico de sus palabras. Un lobo aulló a la distancia. La cabaña olía a manzanas asadas y hojas secas trituradas. Qué cambio tan agradable, ¿en qué momento había sucedido?

—No temas —susurró la vieja, acariciando una ilustración con la punta de los dedos. En ésta, un niño monstruoso y peludo devoraba los pechos de su madre—, presta mucha atención.

La chica suspiró y se derrumbó en la silla, incapaz de levantarse.

—Hay historias de amores, de codicia y de muerte, de traiciones y obsesión. Todo cuanto puede surgir de un corazón humano.

La sombra proyectada sobre una página abierta abandonó el papel y trepó por un muro, adquiriendo la forma de una mano alargada, una araña inquieta. La niña, aletargada y fascinada a la vez, se preguntó si ya estaba soñando. La anciana se inclinó hacia adelante, sus uñas amarillentas marcaban un compás lúgubre al repiquetear sobre la encuadernación. Cuando el cuero volvió a latir, un estremecimiento recorrió la mesa.

Bajo el susurro crepitante de la chimenea, la joven creyó escuchar algo. Música distante, susurros quebrados, voces murmurando tras una pared demasiado delgada. Una risa aguda, un sollozo breve, un llamado que se desvanecía.

Se irguió, respingando. El corazón le golpeaba tan fuerte que creyó que la anciana lo podría oír.

—¿Qué... qué ha sido eso? —balbuceó, mirando el tomo abierto.

La vieja volvió a sonreír con sus dientes manchados, tensando la piel flácida de su rostro.

—¿El qué? —preguntó, inclinando la cabeza—. Yo no he escuchado nada.

La chica apretó los labios. Al volver a mirar las páginas del libro, tuvo la terrible certeza de que algo la observaba desde dentro. Ahora estaba abierto en una ilustración grotesca, donde una joven desnuda se abrazaba al cuerpo de una serpiente con cara de hombre.

Un sudor helado le perlaba la frente. Había llegado la hora de marcharse, pero sus pies no le respondían.

—Ah, pequeña mía, no hay nada que temer. Todo aquel que abre este libro se convierte en parte de su historia. Crees ser

espectadora, pero ya te han visto, saben que estás aquí. Tendrás que quedarte.

—Por favor, debo ir a casa...

—Primero, escucha.

—No quiero.

—Tienes qué.

El murmullo se hizo más fuerte: un coro de voces disonantes, risas y lamentos se disputaban el aire a su alrededor. La muchacha se llevó las manos a los oídos. La vieja soltó un chillido risueño y se las apartó con suavidad empalagosa.

—No los ignores, niña. ¿No lo entiendes? Ellos sólo hablan cuando alguien les escucha. Y tú —acercó sus labios a su oreja, dejando escapar un aliento agrio— ya formas parte del eco. Vamos, no hay de qué temer. Venga, deja que te lleve... Así.

El llanto de un violín se deslizó entre las paredes, lánguido, vibrando desde algún sitio en la lejanía. Tras él, un rumor de pasos sobre hojas secas, el tañido de campanas ahogadas. Luego un zumbido grave, el viento colándose por una rendija. La bruja reía dentro de su cabeza, hablándole sin abrir la boca, devolviéndola a un sopor dulce y aterrador.

El miedo de su cautiva era exquisito; lo veía en sus ojos, entreverado con la chispa de la fascinación infantil. Estaba atrapada, igual que una polilla que no sabe si huir de la llama o rendirse al resplandor que la consume. Sus manos se apartaron de ella y volvieron a atraer el libro, abrazándolo con la devoción de una madre que protege a su criatura.

El silencio se tensó. Mientras se preparaba para leer, un brillo maligno centelleó en sus pupilas, más vivo que el fuego. Las páginas se agitaron, las letras ardieron en la penumbra líquida de las historias que contenían.

—Ahora, querida... deja que el corazón decida qué quieres ver primero.

EL ESPEJO DE LA MADRE SANGRANTE

En lo alto de una colina desierta, se erguía el castillo del conde viudo. Su silueta desgarraba el horizonte como una garra oscura. Sus torres, cubiertas de musgo y sombra, vigilaban el valle con ojos apagados. Dentro habitaba el olvido, su huella marcaba decenas de cortinas sin lavar, numerosas alfombras raídas, se asentaba en el polvo acumulado sobre las baldosas de piedra. En los pasillos largos y silenciosos, apenas interrumpidos por el roce de algún tapiz carcomido o el crujir de una puerta ancestral. En los salones vacíos y las estancias restringidas bajo maderas cruzadas. Un ama de llaves de rostro severo cocinaba y mantenía limpias las habitaciones indispensables, mientras un jardinero tuerto, que habitaba en un cobertizo junto a la cerca, se encargaba de los patios desolados.

Ningún criado nuevo se atrevía a permanecer más de unos meses en la mansión. Quienes llegaban a servir abandonaban sus puestos demasiado pronto, ahuyentados por la atmósfera lóbrega y la certeza muda de que algo los vigilaba. Todo ello avivaba la mala reputación del palacio, heredada de la época en que la condesa vivía, rodeada de misterios.

Se contaba que había sido mujer de extrañas inclinaciones. En las noches de luna cerraba las puertas a sus doncellas para quedarse sola frente a un gran espejo, rodeada de cirios negros. Desnuda de pies a cabeza, murmuraba nombres olvidados —una

sirvienta atrevida que había osado espiarla, aseguraba haber oído voces que respondían tras el cristal— y hacía que las sombras bailaran a sus pies. Se cortaba la palma de la mano o la lengua para alimentar a su reflejo con gotas de sangre. En cofres forrados de terciopelo guardaba cabellos y dientes de leche; tesoros arrebatados a los niños de la aldea bajo el pretexto de protegerlos. A veces también enterraba pequeñas figurillas de cera en el jardín, asegurando que cada una contenía el primer llanto de un recién nacido. Criaba cuervos en la torre más alta y murciélagos en jaulas ocultas, que le susurraban los secretos de sus súbditos. Mientras los aldeanos pasaban hambre, ella hacía servir banquetes opulentos y se sentaba a la mesa en compañía de invitados invisibles. Cada noche de solsticio, en lugar de dormir, se cubría con un velo rojo y descendía a las criptas para conversar con los muertos. La gente del pueblo se estremecía al recordar aquel ocaso de enero, cuando había descendido para marcar con ceniza algunas de sus puertas. Las familias que tras ellas moraban fueron halladas sin aliento, vencidas por el rigor del invierno.

El día en que la señora murió, el conde decidió sepultar su nombre junto a ella y desde entonces la mansión arrastraba un aire de duelo perpetuo.

Aunque sus habitaciones fueron selladas y el gran espejo oculto bajo un paño negro, sus hábitos impíos impregnaban las paredes como un perfume corrupto. A veces, mientras recorría los pasillos del ala sur, el ama de llaves sentía un escalofrío inexplicable o escuchaba un batir de alas en la torre principal, donde ya no quedaban aves. De vez en cuando, una mano golpeaba suavemente la puerta por dentro de la cámara clausurada. Ya una vez, un criado se había escabullido para mirar por el ojo de la cerradura. Juró haber visto el paño que cubría el espejo hinchándose igual que un pecho al respirar, y luego renunció.

Por estos y otros incidentes, nadie hablaba de la difunta en voz alta. Todos temían su sombra, atrapada en el cristal maldito. Su memoria no necesitaba retratos; vivía en el silencio de los

corredores, en los cuchicheos de la servidumbre, en la certeza de que su aposento abandonado era un espacio diabólico.

* * *

En el castillo vivía también una niña de doce años, única hija del conde. Había nacido un gélido día de diciembre, el parto le había arrebatado la vida a su madre y esa muerte parecía ligarla desde la cuna a un sino trágico. El amo la reconocía como heredera pero apenas le prestaba atención; sus gestos eran secos, sus palabras, breves, y su presencia, escasa.

La niña crecía sola entre antigüedades y pinturas solemnes, corriendo en los patios enmohecidos. Era inocente aún pero en sus ojos ardía el deseo de descubrir lo que escondía cada puerta cerrada. En más de una ocasión había seguido corredores estrechos que parecían no llevar a ninguna parte. Sin darse cuenta, terminaba cerca del ala sur, donde tenía prohibido entrar. Su padre nunca le había explicado el motivo; si ella intentaba mencionar el asunto, Su Señoría le lanzaba una mirada severa, recordándole que no debía poner un pie ahí.

Lejos de persuadirla, el misterio mantenía viva su curiosidad. En las noches despejadas, cuando el viento gemía en las torres, se acercaba al corredor del ala siniestra con el corazón acelerado. Allí el aire era más frío y la madera se lamentaba al respirar. Estuvo a un paso de entrar varias veces, pero siempre había algo que la hacía retroceder. Bastaba recordar la autoridad del conde, y la sombra de esa madre cuya ausencia continuaba atormentando el castillo, para congelarse sobre sus pies.

Las comidas en el gran salón eran ceremoniosas, frías, apenas osaba romper el silencio con el tintinear de su cuchara. La mesa — a la que antaño solían sentarse decenas de aristócratas — era larga, cubierta de manteles bordados y copas de plata. Su padre se sentaba erguido en un extremo, con los ojos hundidos en su plato. Comía poco, en silencio, apenas le dirigía la palabra.

La niña intentaba hacerle hablar de tanto en tanto: preguntaba por la aldea al pie de la colina, por los bosques donde aullaban los lobos, incluso por su madre. El conde respondía en monosílabos o prefería contemplar la chimenea. Una vez, en un hilo de voz, ella volvió a preguntarle por el ala sur. El cuchillo del hombre se detuvo entre las carnes del faisán, y tras un silencio que se prolongó como una amenaza, respondió una sola frase:

—No hay nada allí que sea de tu incumbencia.

El tema no fue mencionado nunca más.

Al terminar cada comida, Su Señoría se levantaba y abandonaba el salón, dejando a la pequeña a solas. Ella recogía las migajas con las que alimentaría a los ratones y trazaba dibujos imaginarios sobre el mantel. Luego se iba a vagar a los jardines desiertos o subía a las torres a observar a los pájaros. Era su manera de acompañarse, de no sentirse un fantasma en su propio hogar.

Una tarde de viento áspero, volvió a acercarse al ala vedada. La orden de su padre resonaba en su cabeza, pero esta vez no la amedrentó. Mortalmente aburrida, se deslizó por un angosto pasadizo donde las arañas tejían velos espesos. Fue allí que escuchó un susurro tenue, semejante al roce de un vestido de terciopelo al arrastrarse sobre el mármol. Se detuvo, conteniendo la respiración. Una corriente helada la empujó hacia adelante, invitándola a tantear el umbral.

La niña se detuvo frente a la puerta de la cámara clausurada, oculta tras pesadas cortinas. De su falda sacó la ornamentada llave que había robado a la gobernanta en un descuido. Se trataba de una pieza de bronce exquisita, cuya empuñadura coronaba la cabeza de un león. El animal tenía las fauces abiertas y una melena de filigranas deslucidas. La introdujo en la cerradura y la giró cuidadosamente. Un chirrido agudo rompió el silencio, las bisagras se quejaron al ceder. Su corazón latía desbocado; un cosquilleo, mezcla de miedo y excitación, disparó los latidos en su pecho. Empujó la puerta y el aposento exhaló un aliento antiguo, dándole la bienvenida al pasado.

La suite era inmensa, cargada de polvo y recuerdos. El primer espacio consistía en una sala de estar: techos altos, molduras quebradas, cortinajes espesos, un suelo de madera crujiente. Bajo sábanas amarillentas, encontró sofás y sillones tapizados en ajado terciopelo. Sobre la chimenea, un reloj detenido contaba las horas de otra época. Tres pares de puertas dobles le permitieron acceder al resto de habitaciones lujosas. En el aseo, halló una bañera de mármol cubierta de telarañas y lavabos con grifos ennegrecidos. En el vestidor, decenas de vestidos pasados de moda, algunos habían sido devorados por las polillas; otros conservaban piedras preciosas bordadas y restos de encaje deshilachado. Todo olía a encierro y a cera apagada.

En el dormitorio vio una cama enorme, cubierta por un dosel raído. Había también ciertos indicios macabros, que sugerían las artes de su antigua inquilina: una daga con mango de plata sobre el tocador junto a un cepillo de madreperla, en el que se enredaban mechones de cabello opaco. Frascos de perfume y polvos aterciopelados se mezclaban con símbolos tallados en amuletos colgantes. En un cofrecito de nácar encontró un relicario que contenía dientes infantiles.

En la pared del fondo, oculto tras un paño polvoriento, descubrió el espejo; un gigante ovalado de cristal diseñado para mirarse de pies a cabeza. El marco era de oro gastado y mostraba un barroquismo inquietante: serpientes entrelazadas, rosas marchitas, huesos carcomidos y rostros de bestias medio humanas.

La niña corrió el cortinaje con ambas manos, atónita. El espejo no le devolvió su imagen, era una inmensa mancha oscura, un vidrio de obsidiana que no reflejaba el menor ápice de luz. Ella estaba fascinada por aquella negrura que parecía viva. Cuanto más la contemplaba, más sentía que le abría los brazos de par en par.

«Bienvenida a casa, querida niña...»

De repente, un estremecimiento recorrió la superficie pulida. La pequeña ahogó un jadeo, sobresaltada. Acto seguido, el brillo metálico del cristal parpadeó, ondulando como mercurio líquido, y de su marea emergió la silueta de una espléndida mujer. Su piel era

tan blanca como la suya; sus ojos, dos estrellas oscuras, idénticos a los suyos. Hasta ahí llegaba la semejanza. Mientras el cabello de la niña era un río de sombra, negro y liso, el de la aparición era un torrente volcánico, tan rojo como sus labios y los rubíes que adornaban sus pechos, su cuello y sus muñecas, emulando un rastro resplandeciente de sangre fresca.

Al principio, la mujer le dirigió una mirada enigmática. Luego le habló dulcemente, su voz tenía la suavidad de un arrullo.

—He esperado tanto para conocerte.

La chiquilla retrocedió un paso, sin apartar la mirada de esos ojos familiares.

—¿Quién eres?

—Soy tu madre —respondió el reflejo—. Aunque me hayas perdido al nacer, mi corazón nunca se apartó de ti. Cuando morí, mi alma quedó atrapada aquí, en este espejo... desde entonces espero tu llegada.

Los ojos de la pequeña se agrandaron, llenos de temor y curiosidad.

—¿Mi madre, dices?

—Claro, tesoro mío. ¿Acaso tiemblas? No hay razón... ven, no huyas de mí, deja que contemple mejor tu rostro. Quiero ver bien lo que el destino me ha negado. —Cuando la niña se inclinó hacia el cristal, la condesa alzó un suspiro—. Qué piel tan pura, qué criatura tan perfecta eres... pronto florecerás en mujer y serás más hermosa de lo que jamás fui.

Ignorante de la insidia que ocultaban sus palabras, la niña bajó los ojos. La mujer notó el gesto y ladeó la cabeza, intrigada.

—¿Qué te ocurre, pequeña mía?

—Nada...

—Dímelo. Tu madre lo quiere saber todo de ti. ¿Por qué esa tristeza? ¿No te alegra lo que te he dicho?

—No lo sé. Nunca nadie me había dicho que soy hermosa.

—¿Nunca?

—Es que... nadie habla conmigo. Estoy sola casi todo el tiempo. Mi padre nunca sonrío y los criados me miran como si fuera un estorbo. A veces siento que no existo.

El reflejo alzó una mano, tratando de acariciarla a través del cristal.

—Mi pobre criatura, cuánto habrás sufrido en silencio —se lamentó—. Pero ahora estoy aquí para cuidarte, para enseñarte todo lo que nadie tuvo el valor de mostrarte. A mi lado, nunca estarás sola.

La niña sintió que algo se quebraba en su pecho. Una tibieza nueva la envolvía, tan ajena y deseada, que casi le compensó el dolor de estar sola. Por un instante olvidó la oscuridad de los corredores, el lóbrego aire de los salones vacíos y la dureza de su padre. Solo existía aquella madre roja y perfecta, que comprendía los anhelos de su corazón.

—Nadie ha sabido ver el tesoro que eres. Tu padre no entiende, los sirvientes no saben, ¿cierto? Mas yo sí. Yo, que te amaba desde antes de tu primer aliento. Tú me has devuelto la vida y yo sabré recompensarte. Te colmaré de secretos, de amor, de todo cuanto los demás te han negado.

El reflejo entornó los ojos astutamente, sonriendo con ambigüedad.

—Eres mía, carne de mi carne. Nadie te comprenderá igual que yo. Te enseñaré a ser fuerte, a no depender del afecto mezquino de otros. Tú y yo seremos inseparables.

La niña se aferró al borde del espejo, anhelando sentir los brazos de su madre. La condesa se inclinó, sus rojos labios rozaron el vidrio.

—Prométeme que volverás. Prométeme que serás mía, solo mía.

La chiquilla volvió a la cámara del espejo todas las tardes, a partir de ese momento. Devolvió la llave para no levantar sospechas, pero la cerradura permaneció libre, permitiéndole abrir la puerta siempre que lo deseaba.

La condesa aparecía cada vez con mayor naturalidad, emergiendo como si nunca hubiera estado ausente. Sus historias la fascinaban y la confundían. Su madre le confesó que, siendo apenas un par de años mayor que ella, su propio padre la había forzado a desposar al conde y éste, un hombre mustio, que le doblaba la edad, la despreció desde el primer instante. No soportaba su libertad interior y menos aún los dones que había heredado de linajes antiguos.

—Ya lo sabes, pequeña mía —murmuró la mujer, hablando con la cautela de quien comparte un secreto peligroso—. Tú portas el mismo don que me fue legado, la misma sangre que él nunca pudo doblegar. Por eso tu padre te hiere con su indiferencia. Lo mismo que en mí tanto odió y temió, lo reconoce en ti. Eres mi reflejo y él lo sabe.

A fuerza de dulces palabras y caricias imaginarias, la niña se sintió especial y talentosa, amorosamente comprendida. Cada visita la hundía más en el engaño de esa madre seductora, hecha de penumbra y rubíes. Pronto le enseñó a imitar sus juegos, pequeños trucos macabros que a sus ojos infantiles eran milagros maravillosos.

—Arráncate un cabello, mi tesoro. Con ese hilo tuyo, el fuego bailará para ti.

Ella obedeció y se arrancó una hebra oscura; al hacerlo, la llama del cirio que había encendido a los pies del cristal titubeó, agitado por una brisa invisible. Una risa dulce y diabólica brotó de los labios de la condesa.

Al día siguiente fue una lágrima lo que le pidió. La dejó resbalar sobre el vidrio y al hacerlo, la hechicera del espejo fue sustituida por una decena de rostros nebulosos, que se deshacían al parpadear: mujeres pálidas, hombres espectrales, niños que lloraban. La pequeña se asustó, pero la voz de su madre le devolvió la calma:

—No temas, cariño mío, son solo recuerdos, obedientes a tu voluntad.

La siguiente lección reclamó una gota de sangre. El reflejo guió su mano hasta un alfiler de sombrero que yacía en el tocador. Al pincharse un dedo, de la yema brotó una brillante perla roja que salpicó la punta de su zapatito de seda. Las sombras del salón se agitaron y adoptaron formas animales que la rodearon en manada. Ella se estremeció pero también se llenó de júbilo. Su madre tenía razón, era poderosa.

Las tardes secretas se prolongaron, al igual que los juegos. La niña, cada vez más diestra en las artes ocultas, hacía que las llamas la obedecieran a un gesto, que las sombras treparan por los muros como hiedra viva, que los espejos menores reflejaran cosas que no estaban allí. Y cada vez sentía menos el dolor del tributo. Reía, inocente, convencida de que todo era un pasatiempo inofensivo. Cuando abandonaba la cámara siniestra, lo hacía con la cabeza en alto, imbuida de la arrogancia que le había inculcado la condesa.

El conde empezó a notar su transformación. Veía a su hija más esquiva, más engreída, ya no agachaba los ojos al presentarse ante él. Y en el castillo, cosas turbias estaban manifestándose. Vasos y objetos de cristal se resquebrajaban sin motivo. Los cuervos habían vuelto a posarse descaradamente en los tejados y las cornisas. En las noches de luna, los candelabros encendidos se apagaban, huyendo de una fuerza invisible. Los relojes se detenían a las tres de la madrugada. El polvo giraba en remolinos caprichosos, formando siluetas vagamente humanas que desaparecían al mirarlas fijamente.

El jardinero tuerto murmuraba plegarias en su cobertizo y el ama de llaves miraba constantemente por encima del hombro. El amo nada le decía a la niña. Pero al verla de soslayo sentía un malestar creciente, difícil de explicar.

* * *

El conde pasaba sus tardes encerrado en la biblioteca, siendo uno más entre los gruesos volúmenes que atestaban las paredes. Aquel

día, el ama de llaves se atrevió por primera vez a interrumpir su lectura. Lucía pálida, le temblaba la voz.

—Amo —balbuceó, inclinando la cabeza—. No me corresponde hablar de lo que no entiendo, pero alguien tiene que decírselo. Es imposible que no lo haya notado.

Aunque él le dirigió un vistazo airado, dispuesto a ignorar lo que consideraba simple superstición, el ama no cejó en su empeño.

—La niña ha cambiado, señor. Y en la casa están sucediendo cosas...

—No me hable de fantasmas, mujer —cortó él—. Desde que tengo memoria, esta mansión los ha tenido. Lo raro aquí sería el silencio absoluto.

—No, señor —replicó ella, retorciendo el delantal entre los dedos—, yo no hablo de los viejos hábitos de la mansión. Esto es algo distinto. Lo de antes eran suspiros viejos, madera cansada. Pero ahora la casa parece atenta, expectante. Es como si aguardara algo.

—¿De qué está hablándome usted?

—Es igual que en los tiempos de la señora. Cuando ella vivía, los criados no duraban porque sentían lo mismo. Mucho me temo que esta vez es peor. Algo está acechando entre estas paredes y no nos traerá paz.

El ceño del conde se endureció. Nadie hablaba de su difunta esposa; lo tenía terminantemente prohibido y sin embargo, allí retornaba de nuevo, insidiosa como un veneno. No respondió de inmediato. Su silencio se alargó hasta que el ama bajó la vista, avergonzada de su atrevimiento.

—Lo que me inquieta es la niña, señor. Está diferente. Anda por ahí, como de costumbre, pero a veces... parece otra. Hay algo distinto en sus ojos, ¿sabe? Cierta... malicia. Nunca la había visto actuar así. A veces tengo la impresión de que sabe algo que ignoramos los demás.

—Los niños cambian, Marta. Crecen, se dejan arrastrar por sus juegos, imaginan cosas que los adultos ya no recordamos. No hay nada sobrenatural en ello.

—Perdone mi osadía, señor, pero la niña no imagina. Ella está tramando algo. No sé qué. Y eso inquieta mi corazón.

El conde sintió un escalofrío que le recorrió la espalda. Al mirar a través del ventanal, tuvo la impresión de que una presencia ajena, invisible, lo escrutaba desde la oscuridad.

—He notado... algo, sí —admitió al fin—. Algo raro en su risa, un destello en su mirada que no es propio de ella.

El ama alzó la vista, esperanzada.

—¿Entonces también lo ha visto, Su Señoría?

El conde inspiró profundamente, recuperando la firmeza de su voz.

—Sea lo que sea, no debe preocuparla más de lo necesario. Hablaré con ella, prestaré más atención a su comportamiento. Si hay algo que deba hacerse, no dude que así será.

El ama quiso responder pero el gesto de su señor la detuvo. Éste añadió, cansado, casi murmurando para sí mismo:

—Tomaré medidas. Nada ni nadie volverá a perturbar la paz de este hogar mientras yo tenga voz. Ni siquiera ella, por muy hija mía que sea.

Cuando la gobernanta se retiró, permaneció muy quieto en su sillón alto. El aviso lo había alterado más de lo que estaba dispuesto a reconocer. Ciertamente era que la chiquilla estaba rara, más despierta en un modo extraño... y ahora, tras años de silencio obediente, la mención de la madre volvía a tambalear su tranquilidad, cómo si nunca hubiese dejado de acecharlo.

Se llevó la mano al pecho sin pensar, buscando el amuleto de la Virgen que solía llevar de joven, aunque hacía años que no lo usaba. Luego se humedeció los labios y entrecruzó los dedos, formando una cruz que sostuvo unos instantes. Su sospecha se transformó en una súplica muda; que lo que intuía como peligro no se hiciera carne, que la inocencia de su hija permaneciera intacta.

—Hija mía —susurró la condesa con un dejo de ternura—, los juegos son bonitos, pero ya no bastan. ¿No quieres tenerme contigo para siempre? ¿Deseas que mi voz no vuelva a perderse tras este cristal?

Los ojos de la pequeña se iluminaron de anhelo. Había estado jugando con las sombras hasta hacerlas bailar en círculo, cuando su madre, de pronto, enmudeció. Su reflejo se inclinó hacia adelante, provocando que los rubíes de sus pechos emitieran un fulgor malsano. Sonrió, suave y letal.

—Hay un modo, sólo tú puedes lograrlo. Debes encender siete velas alrededor del espejo, en la próxima luna. Sus llamas desvanecerán el velo y yo podré cruzar. Entonces, nunca más te sentirás sola. Estarás en mis brazos y nadie volverá a apartarte de mí.

La niña asintió ingenuamente. Sin percibir la maldad que destellaba tras la dulzura de la mirada materna.

Esa noche, el sueño la envolvió en un manto de terciopelo. Se vio de pie en un bosque de nieve interminable, los árboles parecían cuchillas negras clavadas en la blancura. Entre ellos apareció la condesa, espléndida, su roja cabellera resplandecía bajo la luna enferma y se derramaba formando un río de sangre a sus pies.

—Hija mía —dijo, avanzando sobre la nieve sin dejar huellas—, ven conmigo.

La tomó de la mano, su calor era tan intenso que la piel de la niña ardió como si tocara hierro candente. Pero la mujer la estrechó dulcemente y el dolor llegó a confortarla. Caminaron hasta un claro donde se alzaba un ataúd de cristal, en cuyo interior descansaba una doncella de piel de alabastro y largos cabellos de ébano. La niña la miró, asombrada. Parecía dormida, en sus labios había un rastro de sangre fresca.

—¿Quién es? —preguntó.

La condesa acarició el cristal con los dedos y esbozó una sonrisa torcida.

—Es tu otro yo, pequeña flor. Dormida, indefensa... igual que tú antes de conocer tus dones. Pronto tendrá que despertar y cuando lo haga, nada volverá a ser como hasta ahora.

El ataúd se resquebrajó. De las grietas surgieron manos pálidas que arañaban el aire. Cuando la niña hizo amago de retroceder, su madre la sostuvo firmemente.

—No temas, tesoro mío —susurró—. Confía en mí. Solo yo puedo guiarte, enseñarte a abrazar lo que eres. Juntas moldearemos nuestro destino y cuando la flor despierte, descubrirás que su fuerza es también la tuya, y la mía... como siempre debió ser.

El viento entonaba una canción siniestra en la que habitaban todas las bestias del bosque; brotaba desde las profundidades de la tierra misma. La niña, aterrada, se apretó contra su madre. Al despertar, solo recordaba la ternura con la que la había estrechado, sin advertir el presagio oscuro que se ocultaba en el sueño.

* * *

Su padre la vigilaba con demasiado recelo. Ya la chiquilla lo había notado y por eso actuaba de manera cautelosa. Su madre le había enseñado a mentir sin pronunciar palabra, calculando sus gestos y disimulando sus pasos. Incluso cuando merodeaba el ala sur lo hacía como si el lugar no existiera, evadiendo los ojos inquisitivos del conde.

Esa noche, en la cámara vedada, preparó los elementos necesarios para el ritual. Colocó siete velas negras en círculo, asegurándose de que apuntaran hacia el espejo cual centinelas de sombra. Tomó la daga de plata del tocador, la sostuvo firmemente y, siguiendo las indicaciones que la condesa le procuraba, se hirió en la palma de la mano izquierda. Su sangre bañó la punta afilada y le manchó la falda del camisón. A continuación desenrolló una cinta de seda escarlata, ató un extremo alrededor de su muñeca y otro en torno a la base del cristal, simbolizando el vínculo irrompible que compartía con su prisionera. La seda se tensó, vibrando suavemente bajo el contacto metafísico.

Los cirios proyectaron sombras de pesadilla que danzaban en celebración: faunos, trasgos, diablillos obscenos... Al encender la última vela, la pulida superficie se transformó en un ondulante lago de obsidiana. La niña sintió un estremecimiento de temor y éxtasis. Toda ella temblaba ante el placer de lo prohibido. El hedor de la cera quemada y la sangre fresca impregnaba el aire del dormitorio, voces de seres intangibles se mezclaban con el aullido del aire. Las sombras danzantes se alzaron hasta tocar el techo, parecía que estaban a punto de saltar de las paredes. En el corazón del espejo, un punto de luz apareció y fue creciendo hasta formar una grieta, una herida abierta en el tejido de la realidad. La chiquilla pasó la daga por debajo de la seda que la unía al espejo, marcando un símbolo invisible. Un torrente de energía la envaró, conectándola al reflejo que empezaba a emerger del cristal...

Sucedió entonces. La madre que había conocido, dulce y seductora, comenzó a cambiar. Su inmaculada piel se agrietó como la porcelana, los rubíes de sus labios y cabellos se convirtieron en coágulos ennegrecidos, la voluptuosa silueta adquirió un matiz cadavérico. La hermosa condesa era en realidad un despojo adornado con lujos marchitos. No obstante, bajo las fisuras de su arruinada carne persistía una hermosura siniestra, un eco de la bella mujer que había sido. En sus ojos refulgía un hambre antigua, sus labios dejaron entrever dos hileras de dientes afilados, listos para reclamar la inocencia ofrecida. Era monstruosa y a la vez irresistible, la niña veía en esa podredumbre una majestad profana a la que estaba obligada a complacer.

—Ahora, tesoro mío —susurró la horrible aparición en un eco distorsionado— llegó el momento. Ahora, lo que soy realmente puede tomar lo que me pertenece.

Un latido febril sacudía el pecho de la pequeña, henchido de miedo, fascinación y orgullo. Todo lo que la condesa le había prometido —protección, poder, afecto maternal— estaba a punto de materializarse.

La condesa ensangrentada estiró los brazos hacia ella. La niña avanzó en su dirección, obediente. Apenas podía mantenerse en

pie. Cerró los ojos, apoyó las manos contra el cristal y dejó que sus labios rozaran la gélida superficie. La boca de su madre le devolvió un beso de ultratumba, sellando el pacto...

La puerta de la cámara se abrió de golpe. El conde apareció bajo el umbral en un arrugado camisón, los cabellos húmedos de sudor, el rostro desencajado entre el pavor y la cólera.

—¡DÉJALA! —gritó, atravesando la estancia como un relámpago—. ¡NO LO PERMITIRÉ!

La condesa se volvió hacia él, sorprendida; sus ojos rezumaban ira y horror. El conde cogió un pesado candelabro de bronce que reposaba junto a la cama. Un instante después, un crujido ensordecedor recorría el espejo, el cristal se hacía añicos y la mujer se debatía furiosa, liberando un alarido que le heló la sangre antes de desaparecer.

La niña se derrumbó entre los fragmentos ensangrentados del portal, agotada por el esfuerzo. Su padre corrió a su lado y la levantó en brazos.

—¡Hija mía! —jadeó, oprimiéndola contra su pecho—. ¿Qué te han hecho? ¿Qué has hecho?!

La chiquilla abrió los ojos. El conde contuvo el aliento, buscando en ellos la dulzura que conocía... y encontrando en cambio, un resplandor frío y sanguinolento. Dos rubíes encendidos en aguas oscuras. La sonrisa que se dibujó en la boca infantil no era la de su hija: era una mueca astuta, soberbia y seductora.

—Padre... —murmuró.

Esa única palabra lo horrorizó, pues la había pronunciado con una inflexión maléfica, demasiado grave para una niña. Parecía brotar de una garganta ajena...

La pequeña condesa se mira en el espejo de su tocador y peina sus cabellos, la seda oscura resbala entre los dientes de un peine de marfil. En sus ojos reluce un fulgor sangriento, pero de súbito, apenas durante un parpadeo, surge detrás de esa luz la inocencia perdida: la niña asoma desconcertada, prisionera en su propio rostro. Luego, la sombra materna vuelve a ocuparlo todo,

ensayando un mohín aristocrático, guiando la mano que acaricia el cabello con vanidosa paciencia. Pronto la juventud alcanzará su cenit y ninguna belleza podrá rivalizar con la que hoy le pertenece.

El reflejo sonríe, satisfecho. Y en aquel peinarse cotidiano, elegante y silencioso, late la verdad: no es solo la hija ni solo la madre quien lo contempla, sino ambas, enlazadas en un mismo cuerpo, esclavas del pacto que se mantiene vivo mediante la sangre de la dinastía.

LA TORRE DE LOS PÁJAROS

El reino era un paisaje pintado sobre un lienzo antiguo, eterno prisionero del mismo instante. Los bosques ocultaban caminos de piedra que discurrían entre la civilización y las montañas del valle circundante. La fortaleza real dominaba desde lo alto de una colina escarpada. Sus muros cubiertos de líquenes rezumaban tal humedad, que incluso en los días más secos del verano resultaba imposible dormir sin escuchar un goteo constante, filtrándose a través de cámaras y pasillos. Una fosa de aguas estancadas rodeaba la construcción y en ella crecían juncos que se mecían sin viento. Los cuervos infestaban las almenas, posados como centinelas del tiempo detenido. Un viejo puente levadizo crujía bajo su propio peso cada vez que las carrozas abandonaban el patio principal; cuando las cadenas emprendían su fatigado descenso, parecía que el palacio exhalaba un quejido herrumbroso.

Las aldeas se apiñaban alrededor de un campanario carcomido, con sus casas de tejados en punta. Al alba, el tañido de las campanas ponía en marcha al pueblo. Los hombres se dirigían a los campos a arar, sembrar y cuidar del ganado; cargaban sus carretas y se dirigían a los mercados vigilados por caballeros de armaduras oxidadas. En las plazas, las mujeres se inclinaban sobre fuentes que manaban hilos de agua turbia para lavar la ropa. Al caer la tarde, una bruma espesa engullía los molinos, las torres y las praderas. El pueblo se dejaba vencer por la sombra y en ese

abandono se repetía la misma condena: dormir bajo las tinieblas, despertar al amanecer.

La chica atravesó una de las puertas laterales del castillo con el corazón encogido. Durante el trayecto entre su casa y la colina, no había hecho más que preguntarse lo que la aguardaba tras esas murallas. Esperaba hallar un palacio de cuentos, con suelos pulidos, columnas elegantes y luces que danzaban en lámparas de cristal. Sus fantasías se desvanecieron al cruzar el umbral. Los corredores eran sombríos, las paredes estaban cubiertas de moho, el fuego de las antorchas arrojaba un resplandor exiguo. El aire olía a hierro y el eco lúgubre de sus pasos la perseguía por un pasadizo estrecho.

Suspiró, amedrentada. Su tía, una aristócrata de la baja nobleza, amargada y venida a menos, le había conseguido un empleo como doncella, ansiosa cómo estaba por librarse de lo que consideraba una carga injusta. No obstante, antes de dejarla marchar la había aconsejado escrupulosamente: «No contradigas al rey —le había dicho—. No mires nada que no debas mirar. Y nunca preguntes lo que no has de saber. Servir a Su Majestad es un gran motivo de orgullo pero también demanda astucia y discreción, recuérdalo si quieres conservar la cabeza sobre tus hombros».

Un grueso criado la recibió en el vestíbulo. Sus ropas estaban limpias pero raídas, su boca esbozaba una sonrisa pretenciosa que no alcanzaba sus ojos. La observó de arriba abajo desdeñosamente, como si ya supiera que no duraría mucho ahí.

—Sígueme —le espetó, sin presentarse.

Subieron unas empinadas escaleras en espiral, rumbo a la torre principal de la fortaleza. El aire se hacía más pesado mientras ascendían. La muchacha notó algo extraño en el silencio que la rodeaba, no era la calma de un palacio sereno, sino una ausencia forzada, que evocaba la quietud de los sepulcros.

Una vez arriba, el criado abrió una puerta de hierro y la introdujo en una estancia circular de gran tamaño. Su sola visión la dejó sin aliento. Dentro no había tapices ni muebles fastuosos, sino un centenar de jaulas de oro y plata, que colgaban a distintas

alturas. Cada una contenía un pájaro de singular belleza: vio uno de plumaje azul profundo, manto de medianoche sobre sus alas; otro de un rojo tan intenso como la sangre de una herida recién abierta; y otro blanco, cuyas plumas se asemejaban al marfil pulido. Decenas de aves preciosas entonando sus trinos musicales.

La joven avanzó sin pensar, hipnotizada por esos cánticos que parecían provenir de otro mundo. Su mirada se detuvo en un ave de alas negras salpicadas de motas doradas, que centelleaban cada vez que agitaba las plumas.

—Son bellos, ¿verdad? —una voz profunda habló de repente, acallando el gorjeo de las criaturas.

La chica se volvió, sobresaltada. No lo había visto allí, oculto en la sombra. El rey se hallaba sentado en una silla de respaldo alto, apenas iluminado por la luz mortecina que se derramaba desde una ventana diminuta, la única en la habitación. Era un anciano de rostro enjuto y piel tan pálida que las venas parecían a punto de atravesarla. Sus ojos, dos carbones encendidos en un crisol apagado. Su largo cabello, coronado por un aro de esmeraldas, caía sobre sus hombros en una maraña de plata. Sus manos huesudas descansaban en los brazos de la silla, los dedos tan largos y rígidos como garras secas.

Estaba tan consumido por su vejez, que el mero hecho de verlo en pie parecía un milagro. Al mirarlo, la muchacha no pudo evitar pensar en un buitre, listo para devorar la carroña recién mutilada.

Bajó la vista de inmediato.

«Nunca contradigas al rey...»

—Acércate.

Cuando el eco áspero de la orden rebotó contra las paredes, las aves agitaron sus alas en un temblor inquieto. Ella obedeció dando pasos tímidos, enlazando sus manos para disimular cuanto temblaban. El viejo la observó minuciosamente, como quien contempla un objeto recién adquirido.

—¿Sabes por qué estás aquí?

—Para servir, Majestad —murmuró ella, con la cabeza gacha.

—¡Levanta la voz! No hablo con fantasmas.

—Para servir, Majestad —repitió, un poco más alto.

El anciano dejó escapar una risa breve, que más parecía el graznido de un cuervo.

—Te han enseñado a bajar los ojos, pero yo quiero verlos.

La doncella tragó saliva, vaciló un instante, y finalmente obedeció. Su mirada se cruzó con la del gobernante, hundida en profundas ojeras. Éste esbozó una sonrisa astuta, apenas un pliegue en su rostro ajado, pero eso bastó para inquietarla.

—Eres muy joven. Y también hermosa. —Sus pupilas la recorrieron despacio, deleitándose al contemplar el pecho lozano y la curva reciente de sus caderas—. Justo como esperaba.

Ella sintió que la sangre le arrebolaba las mejillas y volvió a bajar la vista, deseando ser invisible. Hubo un silencio incómodo, roto tan solo por el batir de alas de los pájaros en sus jaulas. El anciano se incorporó y echó a andar entre ellas. Era un carcelero implacable, orgulloso del oasis personal que se había construido. Lo siguió de cerca, caminando bajo su sombra.

—Tu deber es sencillo. Alimentarás a las aves y limpiarás sus jaulas. No más, no menos. No harás preguntas sobre ellas, ni sobre lo que significan para mí.

Al decir esto, las criaturas suspiraron y volvieron a agitarse; cualquiera habría dicho que comprendían sus palabras y no estaban conformes. La chica les lanzó un vistazo cohibido. Cada vez que sus ojos se encontraban con los de los pájaros, un estremecimiento le erizaba la piel. Había dolor en sus miradas, un grito mudo que conmovía su corazón. Algunas aves —las de plumaje más exótico— inclinaban la cabeza hacia ella y en sus ojitos diminutos creía reconocer un ruego silencioso.

El rey advirtió el modo en que las miraba y alzó la voz, emitiendo una última advertencia:

—¡No olvides lo que he dicho! Si les prestas más atención de la debida, pronto descubrirás que las jaulas no están hechas solo para los pájaros.

La joven agachó la cabeza, murmurando un obediente «sí, Majestad». Todavía no sospechaba que aquellos seres miserables ya habían reclamado una parte de su alma.

* * *

Los primeros días fueron lentos y metódicos, el tiempo transcurría al ritmo de la canción apagada de las aves. El rey visitaba la torre al despuntar el alba y nuevamente al caer la noche, como si ellas fueran su primer y su último pensamiento. Por ello la joven aprovechaba las horas intermedias para cumplir sus deberes, cuando él no estaba. Las alimentaba, limpiaba sus jaulas, ordenaba el heno, recogía restos de semillas. Su cuidado demandaba tardes enteras, mas nunca se lamentaba; por el contrario, estaba aprendiendo a querer a las pobrecitas, su compañía era más fiel que la de muchos hombres.

Su habitación, pequeña y oscura, se encontraba muy cerca de la torre. Las paredes desnudas conservaban el frío y la humedad de los siglos, un colchón delgado sobre un somier chirriante era su único refugio. No había adornos ni muebles además de una pequeña mesa, una silla y un baúl con su ropa. La soledad a veces pesaba más que la piedra, pero también le permitía escuchar, en lontananza, el susurro de los pájaros.

El criado que la había recibido se encargaba de llevarle el alimento de las aves, el agua para limpiar las jaulas y una escalera que le permitía alcanzar las que colgaban a mayor altura. Era un chico de modales bruscos, rara vez le dirigía una mirada o una palabra cordial, a lo cual ella se resignó rápidamente. El castillo no era un sitio amable; el único afecto que recibía venía de los pájaros, que respondían sumisamente a su compasión.

Un día, mientras les colocaba comida, notó que el ave de alas negras y motas doradas la observaba fijamente. Extendió la mano pero el ave no se acercó, sino que ladeó la cabeza despacio, mirándola como si sopesara hasta qué punto podía confiar en ella. El trino que emitió no fue alegre ni musical. Era más bien un

murmullo quebrado, casi un llanto, que le provocó escalofríos. Las otras aves guardaron silencio, expectantes.

La muchacha no retrocedió. Le ofreció un grano, cautelosa. El animal lo tomó de sus dedos tras titubear un poco. Luego agitó sus alas y un resplandor áureo cruzó la oscuridad de su plumaje, iluminando la torre con un fulgor efímero. Instintivamente alzó un brazo para protegerse de la luz. Cuando lo bajó, el resplandor se había desvanecido y el ave reposaba tranquila en su jaula. Parpadeó, dudando: ¿lo había soñado? ¿O acaso la torre deseaba revelar un secreto que ahora volvía a negar ante sus ojos?

Fue la primera vez que intuyó cuán importante era su trabajo y lo especiales que eran las aves de Su Majestad.

Cada noche, antes del cierre de la torre, la joven lo escuchaba ascender por la escalera de piedra. El rey entraba en el aposento circular y sus rehenes aleteaban asustadas, algunas liberaban trinos sofocados como si se quejaban. La muchacha sentía su miedo, podía imaginarlas retrocediendo y acurrucándose en sus jaulas, temerosas del anciano. Ella también había empezado a temerle, el simple hecho de oírlo acercándose la llenaba de angustia.

Cierta noche tuvo un sueño inexplicable. Se vió a sí misma en un jardín espléndido, un rincón del palacio que nunca había visto, dónde rosas de pétalos carmesí destilaban sangre fresca. Su fragancia era intensa, dulce y metálica a la vez. A su alrededor aparecieron mujeres hermosas y tristes. Doncellas jóvenes, reinas solemnes, princesas delicadas que la miraban con ojos desamparados. Algunas llevaban hábitos sencillos, otras lucían telas suntuosas bordadas en oro y seda. Todas lucían ornamentos similares, plumas incrustadas en sus tocados, engastadas en coronas y mantos, o bien, cosidas torpemente a sus vestidos, pendiendo humildemente de un cordón deshilachado en torno al cuello o la cintura. Sus voces le recordaban al canto de los pájaros. La llamaban y la envolvían en su melodía de pesares, aunque siempre de forma distante, observándola sin tocarla.

Se habría olvidado de ellas si no fuera porque al despertar, encontró diminutas plumas negras en su almohada. Sus manos

estaban salpicadas de rocío. Nada de aquello podía provenir de la torre, siempre se aseguraba de cerrar las jaulas con pestillo. En el ambiente flotaba aún aquel perfume siniestro, seña inequívoca de las rosas de sangre.

La joven decidió pasarlo por alto y se volcó completamente en su rutina. Todos los días subía la escalera de caracol, abría la puerta y repetía sus labores: limpiar las jaulas, renovar el agua, recoger pacientemente las semillas doradas. Cada jornada, los pájaros la recibían con mayor entusiasmo, sabían que era su aliada y no la carcelera indiferente que demandaba el rey. A veces alguno se posaba en sus dedos; otras, rozaban las alas contra sus mejillas, acariciándola tiernamente.

El sueño del jardín se repitió de manera intermitente, abriendo una herida viva en su memoria. En él aguardaban las mismas mujeres. Con voces tenues, comenzaron a revelarles sus desgracias. Una niña de ojos oscuros, hija menor del rey, tenía la costumbre de cantar en su ventana. Su padre, envidioso de la belleza de su voz, terminó transformándola en un ruiseñor. Otra chica decía haber sido doncella de cámara de la segunda reina; su pecado fue reír durante un banquete y el eco de esa risa fue su condena: se convirtió en un mirlo. La siguiente en hablar fue una mujer de porte solemne, cuyos iris ambarinos le recordaban los ojos del ave negra y dorada de la torre. Primera esposa del soberano, había levantado la voz en plena sala del trono, desaprobando una de las decisiones impulsivas de su marido. Y él se aseguró de que no volviera a pronunciar palabra.

Una a una, las condenadas contaron sus historias. Todas sufrían la misma sentencia, sus voces habían sido convertidas en trinos forzados, sus cuerpos se habían transformado en pájaros cautivos. El rey no toleraba la voz femenina que escapaba a su control.

La muchacha despertaba sobre su almohada húmeda de sudor, temblando. El miedo era una espina que se clavaba más hondo cada vez que soñaba con ellas, con cada mirada orgullosa que Su Majestad le dirigía antes de subir y adentrarse en su paraíso

artificial, donde ignoraría deliberadamente la agonía de sus criaturas.

* * *

Una mañana la interrumpió de improviso, presentándose a mitad de la tarde. Mientras alimentaba a un pajarillo de plumas esmeraldas, el rey se demoró contemplándola. Vigilaba la manera en que las aves se le acercaban con mansedumbre, irradiando ternura y afecto. Tal docilidad no era común, lo sabía demasiado bien. Había un vínculo nuevo entre los pájaros y la chica, una corriente invisible que estaba fuera de su alcance.

Frunció el ceño.

—Has aprendido rápido... demasiado rápido, quizá.

Ella lo reverenció como le habían enseñado, si bien había en su gesto un orgullo silencioso que a él no le pasó desapercibido. Dejó escapar una risa seca. Luego tocó la jaula del ave negra y dorada, la única que osaba mirarlo de frente.

—Ten cuidado, niña. Hay ciertas cosas que en mi torre se preservan para siempre.

La joven se quedó lívida. Bajó la vista y prosiguió su labor, disimulando el temblor de sus manos. El agua de un bebedero de cristal oscilaba entre sus dedos, estando a nada de derramarse. Pensaba en el jardín onírico, en las mujeres que habían cometido el error de cantar, de reír, de hablar demasiado alto.

De reojo, notó que el emperador le daba la espalda para marcharse. No pronunció una sola palabra, ni se inclinó para despedirlo.

El pájaro negro agitó sus plumas y dejó escapar un agudo chasquido, aprobando su osadía.

De noche se veía de pie ante el mismo umbral. Siempre el jardín, siempre las rosas de sangre, siempre *ellas*. Una chica de rostro canela y labios rojos, le habló en un murmullo que se confundía con el trino de un ave:

—Solo un sacrificio nos devolverá nuestra libertad, pero debes actuar sin demora. Pronto será demasiado tarde.

Las demás asintieron vehementemente. De sus bocas no brotaron palabras, sino suaves gorjeos.

—¿A qué se refieren? ¿Qué es lo que yo puedo hacer?

Nadie respondió. Solo recibía silencio y miradas insistentes. Cuando finalmente lo comprendió, su corazón se encogió de angustia. Sabía lo que esperaban de ella pero no si sería capaz de asumir el riesgo. Su voz era lo único que le pertenecía de verdad. Las canciones de su infancia, las plegarias que recitaba junto a su cama, el acto de nombrar las cosas para hacerlas reales en su memoria. Perderla sería negarse a sí misma. ¿Tendría el valor de renunciar a sus propias alas?

Despertó llorando, el eco del silencio prendido a su garganta.

* * *

El sol de mediodía derramaba un haz dorado sobre la torre, cuya penumbra interior dormitaba bajo el arrullo de las aves. La puerta se abrió sin previo aviso. El rey entró, arrastrando tras de sí su manto brocado en seda e hilo de oro. La chica se envaró con el cuenco de semillas en una mano mientras sus protegidas alzaban la cabeza, alertas, repentinamente silenciosas.

—Parece que gozan de tu compañía —dijo él—. ¿Y tú, muchacha, disfrutas la suya?

Ella asintió tímidamente.

—Sí, Majestad —musitó—. Son delicadas. Me gustan.

—No son compañía corriente —replicó el anciano, mirando a las aves de forma severa—. Son exigentes, insaciables, ¡un hato de crías caprichosas! —Alzó la voz, repentinamente asaltado por algún recuerdo desagradable. Enseguida recobró el aplomo, encubriendo su exabrupto con falsa admiración—. Cualquier otra chica habría perdido la calma. Tú, en cambio, les has prodigado los mejores cuidados sin flaquear un solo día. Lo haces con tanto esmero que se diría que has nacido para servirles.

—Es que son muy queridas para mí. A veces creo que me comprenden, y yo las entiendo a ellas.

—¿Entiendes sus trinos, dices? —El rey bufó, socarronamente—. ¿Así que sabes lo que dicen?

La joven se mordió el interior de la mejilla, notando cómo el pulso le subía al cuello. Había llegado el momento de enfrentar la verdad.

—Sé lo que son, Majestad —susurró—. Y no son aves.

El azul en los ojos del monarca cambió igual que el cielo antes de la tormenta. La calma duró un suspiro, antes de que emergiera su cólera.

—¿Así que has descubierto mi secreto? Creí que eras más cuidadosa, que tu temor te habría enseñado a callar...

—Temo, Majestad —respondió ella, desafiándolo con la mirada—, pero no puedo mentir, ni negarle mi compasión a estas infelices al saber cuánto sufren. Usted lo sabe también.

—¡Insolente!

La sonrisa del rey era irónica. Estaba tan cerca de ella, que la luz que entraba por la única ventana se había convertido en una cornisa de sombra bajo su encorvada figura.

—La compasión es una cualidad peligrosa. Alimenta la costumbre de mirar donde no nos conviene.

La muchacha irguió la cabeza. Había dejado el cuenco de semillas y deslizado la mano dentro del bolsillo de su delantal. Los pájaros la contemplaban expectantes. El viejo no vio nada, estaba demasiado ocupado sacudiendo la jaula del ave de alas oscuras, que lo miraba con desprecio.

—Has aprendido más de lo que te convenía saber. Hay quien muere por saber demasiado, ¿lo sabes, niña?

Cuando avanzó hacia ella, las aves retrocedieron en sus jaulas. La joven cerró la mano en torno al afilado objeto de su bolsillo. Nada podía apagar el fuego que incendiaba su alma.

—He domado muchas alas antes que las tuyas y ninguna volvió a alzarse libre —la amenazó el soberano—. Pronto aprenderás tu

lugar, igual que lo hicieron ellas. ¡Dejarás de volar y tu canto será mío para siempre!

Al ver la mano hechicera que se alzaba para maldecirla, la chica sacó el cuchillo de su delantal y lo llevó a sus labios. Acto seguido se cortó la lengua, y un grito ahogado, rojo y viscoso, se derramó sobre el suelo de piedra, formando a sus pies un charco espeso que alcanzó la túnica del anciano. La daga resbaló de sus dedos mientras caía de rodillas, gritando de dolor.

El rey emitió un alarido horrorizado cuando la sangre ascendió por los pliegues de su manto, ahogando la seda en un mar carmesí. Quiso quitárselo, pero la tela se contrajo como si tuviera vida propia, adhiriéndose a su piel, presa del hierro líquido que manaba de la boca de la doncella. Su mano, erguida para el conjuro, quedó petrificada en el aire.

—¿PERO QUÉ ES ESTO?!

La torre gemía a su alrededor, un batir de alas furiosas agitó las jaulas, dejando caer un alud de plumas de colores. Hizo un esfuerzo por desatar su magia, pero al hacerlo, cada palabra se volvió en su contra. Su voz retumbó contra las paredes circulares, multiplicándose y retornando a él con toda su malevolencia. Era un eco demoníaco que ya no le pertenecía.

—¿QUÉ SUCEDE?! ¿QUÉ ES LO QUE ME HICISTE?!

Las jaulas se abrieron de golpe. Los pájaros alzaron el vuelo y se arremolinaron en torno a las dos figuras que agonizaban; una postrada sobre su propia sangre, la otra, prisionera de su maldad. Cruzaban la torre y chocaban contra los muros, lanzando un clamor que era lamento y celebración a la vez. El ave negra y dorada descendió en picada, cual verdugo alado. Sus garras hurgaron en el rostro del rey hasta sentir el crujido gelatinoso de los globos oculares, cediendo bajo su fuerza. La sangre caliente salpicó su plumaje de ébano. El anciano chilló y se retorció, sus manos arañaban el aire inútilmente mientras de sus cuencas brotaban ríos oscuros. Se derrumbó, desfigurado por la ira, la confusión, el horror.

Por primera vez, la muchacha lo vio tal cual era: una débil y decrepita criatura. La torre, en todo su misterio y su poder, se inclinaba ante la audacia de su acto. Ella también sufría, su sangre se mezclaba con la fragancia húmeda de las aves. Le costaba respirar. Todo a su alrededor palpitaba; las paredes, las jaulas abiertas, los trinos caóticos.

Liberados por fin del hechizo de su carcelero, los pájaros rompieron a cantar. Su júbilo inundó la habitación. Cada nota vibraba en la piedra, sacudía sus cimientos y torturaba los oídos del monarca, prolongando su agonía.

La joven sintió un hormigueo en su espalda. Una corriente cálida brotó de sus hombros y se extendió por su columna. Antes de comprender lo que sucedía, sus propias alas se desplegaron majestuosamente, blancas, suaves e iridiscentes. Su piel se cubrió de plumas, un éxtasis inesperado la atravesó. Sus manos, sus pies, todo su cuerpo se estaba transformando. Antes de perderse en la liviandad de su nueva forma, reconoció por última vez la silueta que había sido suya, abatida por el fuego del sacrificio. Era ella, con su pelo enmarañado y su vestido humilde, desvaneciéndose en un remolino de luz que la encogía y la elevaba.

Alzó el vuelo, siendo seguida por el resto de las aves. Todas cantaban victoriosas y se rozaban contra ella tiernamente. Juntas podían escapar, juntas podían destruir el odio que las mantenía presas.

El rey se tambaleó y extendió las manos hacia la multitud de voces que lo atormentaban.

—¡Silencio! —suplicó—. ¡Silencio!

Pero el clamor lo envolvió, penetrándolo como un millar de agujas ardientes. Un estallido sonoro desgarró su cabeza. La sangre manó a borbotones por sus oídos, por su nariz, por las cuencas de sus ojos arrancados, corrió por su barba e irrumpió en su boca, ahogándolo en el mismo canto que deseaba sofocar.

La ventana expulsó una parvada de alas multicolores. Las aves atravesaron el firmamento; a la cabeza del vuelo, un pajarito blanco y luminoso guiaba a los demás rumbo al horizonte. Tras

ellas, la torre permaneció muda. Ya no era más que una carcasa vacía, devorada por su propia oscuridad.

Los años pasaron, la fortaleza quedó reducida a un esqueleto de piedra cubierto por enredaderas. Los ancianos advertían a los niños que no se acercaran, pues la muralla conservaba el llanto del emperador abatido, condenado a repetirse sin descanso.

Sin un puño férreo que lo gobernara, el reino se desmoronó. Los aldeanos no supieron qué hacer con su libertad. Resurgieron viejas disputas, avaricias dormidas, voces sedientas de poder. Hombres ambiciosos intentaron reclamar un trono que ya no existía y destruyeron lo poco que quedaba en pie. Aldeas enteras ardieron, la ceniza erosionó los campos, la gente se enfrentaba por un pedazo de pan o de tierra baldía. Murieron muchos, otros se dispersaron y los pocos que quedaron, incapaces de reconstruir lo perdido, eligieron vivir como bestias, desconfiando unos de otros, como si la memoria del rey maligno hubiese contaminado sus almas para siempre.

Se dice que ciertas noches, un pájaro blanco vuela sobre las ruinas del campanario, velando por los escombros de su patria extinta. Y las aves, siempre las aves, baten las alas contra el cielo, se van y regresan en bandada, fieles al lugar donde fueron libres por primera vez.

EL HADA DE CENIZA

La muchacha dormía en el sótano, como si fuese un despojo más entre los carbones de la leñera. Un reguero de nieve negra le cubría los cabellos, los brazos, el rostro; la ceniza era su segunda piel y había borrado todo su encanto. Nadie hubiese adivinado la belleza oculta bajo aquella mugre, ni su noble origen, ni la ruina silenciosa del hogar donde malvivía.

La mansión, otrora señorial, se hallaba en la espesura de una arboleda gris al margen del pueblo. Altos y estrechos ventanales arrojaban la luz del exterior sobre las habitaciones que apenas conservaban una vaga memoria del esplendor perdido. El tiempo se había congelado en la residencia del difunto marqués, relegando a su hija a ser apenas un espectro que respiraba entre el polvo y la oscuridad.

Su viuda, más preocupada por gastar el oro de su esposo que por la dignidad de la casa, había echado a todos los sirvientes e impuesto a su hijastra las labores domésticas: limpiar, cocinar, acarrear agua del pozo, coser y mantener las chimeneas encendidas. Por si todo eso no fuera suficiente, la niña tenía que soportar la crueldad de sus hermanastras. Todas las mañanas bajaban al sótano y la buscaban en su rincón junto a la estufa. La mayor le arrojaba trozos de pan duro al suelo, obligándola a arrastrarse para recogerlos como un perro hambriento. En cuanto

extendía sus manos temblorosas, la menor los pisaba hasta reducirlos a migas.

—Mira cómo se arrastra —decían, conteniendo la risa detrás de sus guantes de seda y sus dedos enjorrocados—. ¡Ni los mendigos del camino son tan miserables!

La madrastra observaba todo desde la puerta, impávida. Cuando al fin se dignaba a intervenir, su voz era más hiriente que cualquier golpe: le ordenaba raspar la ceniza del suelo con las uñas hasta que sangraran, y frotar el suelo con agua helada que le agrietaba la piel. Ella se tragaba su dolor y la obedecía, temiendo que la dejara sin cenar otra noche. Pero ni así le resultaba fácil; sus hermanastras la rondaban y se dedicaban a entorpecer cada tarea, empujándola, burlándose, arruinando lo que acababa de limpiar. Volcando sobre su cabeza el balde de agua con el que estaba fregando.

—¡Eh, negra nube! ¡Qué bonito color tienes! Seguro combina con el piso sucio.

—Tu cara está tan tiznada que pareces un muñeco de carbón.

—Y tus manos... ¡ni los gatos querrían tocarlas!

Incluso la casa parecía cómplice de su maldad, las risas de esas arpías rebotaban en sus corredores vacíos y se multiplicaban entre las paredes. Hasta la madera crujía como si también se burlara de ella.

Cuando la obligaban a buscar la sortija de su madre entre los excrementos del establo, la muchacha bajaba la cabeza y apretaba sus manos, clavándose las uñas en las palmas tiernas. Cuando la madrastra le arrancaba el plato de comida sin terminar para dárselo al perro, las migajas perdidas alimentaban el fuego de su odio invisible.

Por la noche se acurrucaba en su jergón mientras los ratones jugaban a sus pies. Entonces cerraba los ojos e imaginaba a la marquesa y a sus odiosas hijas, caminando descalzas sobre un montón de espejos quebrados; recogiendo el polvo del suelo con los dientes; quemándose la lengua con las brasas de la cocina; revolcándose entre el fango y el estiércol. Y ella se complacía al mirarlas, saboreando su miseria...

Siempre la habían considerado insignificante, una criatura hecha de pena y hollín, pero en realidad era mucho más que eso. Era un carbón al rojo vivo que tarde o temprano estallaría en llamas.

Una tarde, mientras fregaba el suelo del salón, creyó ver algo en el espejo ondulante de las aguas. El rostro de su gemela le había guiñado un ojo, actuando como si su reflejo no le perteneciera. Un par de días después, al recoger troncos tiernos para calentar la mansión, juraría haber escuchado un murmullo, casi un lamento ahogado, que se confundía con el crujir de las ramas secas y pronunciaba su nombre.

¿Qué era lo que le provocaba esas alucinaciones? ¿Sería el hambre, la fatiga o la tristeza?

Aquella noche se derrumbó y hundió la cara entre sus manos, llorando sin voz para que nadie la escuchara. Las brasas del hogar exhalaban un calor moribundo. Al echar un vistazo entre sus dedos, notó que la ceniza subía y bajaba en el aire, se agitaba suavemente, inhalaba junto a ella y exhalaba su pesar en un suspiro gris, latiendo al ritmo de su corazón acongojado. Sintió escalofríos.

Tuvo la impresión de que el fogón respiraba, de que compartía su dolor, de que algo... oculto bajo el carbón... la estaba escuchando.

Retrocedió hasta la pared de piedra, asustada. Estaba sola. No había hermanastras malévolas, ni madrastras vigilantes, solo el silencio del sótano y el rumor de lo desconocido, despertando delante de sus ojos.

El hornillo expulsó un siseo húmedo. Las brasas temblaron y entonces, un brazo largo, gris y esquelético, emergió del hollín. Los dedos de la mano eran tan finos que parecían raíces chamuscadas. Enseguida vino el otro, tembloroso, desgarrado. Ambos se clavaron en el suelo, buscando equilibrio. Con un tirón lento, la criatura sacó la cabeza y el torso, que resonaron emitiendo un chasquido. Las piernas se desplegaron detrás. Era alta y angulosa, cada movimiento hacía que le rechinaran los huesos. Su cuerpo parecía humo compacto, a punto de deshacerse. Los ojos

brillaban cual brasas encendidas, crueles y penetrantes, iluminando un rostro fino, vagamente humano, surcado por grietas marchitas. Dos alas membranosas se desplegaron lentamente sobre la espalda. Uñas negras, filosas como fragmentos de obsidiana, arañaron el piso en cuanto salió flotando por la puerta metálica, dejando un rastro ceniciento tras de sí.

—Shhh... no temas, pequeña mía —le dijo y su voz era un arrullo quebrado, dulce y consolador—. Ya estoy aquí.

—¿Q-qué eres tú?

—¿Qué soy? Un suspiro del fuego. —Una risa sibilante inundó la habitación—. Llámame espíritu, sombra o hada. No soy más que un reflejo de lo que sientes. Y siempre acudo donde me necesitan, aunque no me llamen por mi nombre.

La muchacha le miró, aterrada, y se echó a temblar.

—Ven, cuéntame. Déjame sentir tu tristeza.

El hada se inclinó, haciendo amago de abrazarla. Sus manos olían a madera quemada y le provocaron un frío cosquilleo al rozar su mejilla.

—Mi padre solía hablarme sobre las hadas, no son como tú. Sus historias nunca me daban miedo.

—Claro que no te daban miedo. ¿Qué padre querría mostrar a su hija lo que realmente se esconde bajo nuestras alas? —susurró el ser—. Pero no es miedo lo que deseo tomar de ti, niña mía. Quiero tus palabras, tu rabia, tu rencor. Suéltalos. Déjame beberlos.

Asediada por un impulso repentino, la chica habló antes de darse cuenta: le contó de sus hermanastras, de la manera en que la humillaban y la obligaban a revolcarse en el estiércol, de la crueldad con la que su madrastra le arrebatava la comida. Cada instante amargo se le atascaba en la garganta y ella los vomitaba en susurros frenéticos.

El espíritu se estremecía de placer, los ojos le brillaban tanto que parecían a punto de incendiar la oscuridad. Su cuerpo oscilaba como una alegre columna de humo, excitándose al absorber el dolor contenido durante años.

—Más... cuéntame más —demandaba, entusiasmado—. Déjame sentir lo que tú sientes, lo que odias, lo que deseas. ¡Déjame saborearlo!

La joven siguió hablando. Mientras más vívidos eran sus recuerdos, más espeso era el aire que respiraba. La ceniza vibraba en su piel, el fuego danzaba a mayor altura y las tinieblas crecían a su alrededor.

—Tus penas... tu ira... —susurraba el hada, con esa voz que acariciaba y punzaba a la vez—. ¡Cuánto has tenido que soportar! Yo puedo ayudarte, pequeña, déjame enseñarte a convertir todo ese sufrimiento en tu fuerza.

La chica frunció el ceño, intrigada. ¿Era posible que al fin alguien la notara, que reconociera su agonía? Necesitaba ayuda, sí, mas no estaba segura de cómo *aquello* se la podía brindar. Además, aún tenía miedo. Había algo incierto en esa mirada ígnea, algo demasiado vivo y maléfico, que le impedía confiar.

—Mi padre me enseñó a ser compasiva, él decía que la bondad es la fuerza más poderosa de todas. —La criatura ladeó la cabeza, esbozando una sonrisa macabra—. Si cobrara venganza, ¿no sería tan mala como ellas?

—No, pequeña. Ellas escogen la maldad, tú escogerías el equilibrio. ¿O acaso no es bondadoso arrancar la mala hierba para que la flor respire?

La duda la asaltó. El marqués la había criado con ternura, enseñándole a perdonar y resistir sin odio; ¿pero de qué le habían servido esas lecciones? ¿Qué valor tenía esa bondad, si nunca la había protegido? ¿Y no había sido él mismo también quien le advirtió, que todo daño infligido demandaba un castigo justo? Evocó la risa de las mujeres que la atormentaban y el resentimiento se enroscó en su pecho, reptando como una serpiente hambrienta.

—No es malo querer más de la vida —prosiguió el ser, rozando su hombro con un filamento de humo que se enroscaba igual que un dedo—. No es malo imaginar un mundo donde no seas más la sombra de nadie. Piensa en la libertad, mi niña. Piensa en lo que realmente mereces.

La joven cerró los ojos y parte de ella tembló ante la claridad de lo que sentía: no simple deseo de venganza, sino hambre de poder y retribución, de justicia por sus propias manos. El hada se inclinó un poco más cerca, murmurando a su oído.

—Puedo enseñarte a usar la ira. No hay cadenas que no puedas romper, ni humillación que no hayas de devolver. Imagina, pequeña, un mundo donde no debas arrastrarte por el suelo, donde tu pelo no huela a cenizas. Donde cada vestido sea de seda y la mesa rebose de manjares sólo para ti.

La muchacha abrió un ojo, conteniendo la respiración. La criatura flotaba muy cerca de su rostro, ahora sentía el roce cálido de su lengua contra la sien.

—Recuerda cómo tu madrastra te robó hasta la sombra de la felicidad. ¿No querías recobrar todo lo que te ha quitado? Las joyas de tu adorada madre, los pasteles que engulló mientras tú le rogabas un trozo de pan, el oro del que te despojó. Todo eso podría volver a ser tuyo. Y más.

La chica respingó y crispó los puños sobre el jergón. El hada se deslizó a sus espaldas, insistente, envolviéndola en un abrazo humeante.

—Y ellas, tus hermanastras, ¿no es justo que paguen por cada insulto? Cada bofetada de desprecio, cada lágrima que derramaste al ser arrojada al estiércol. Dime, ¿no merecen sentir lo que tú sentiste, aunque solo sea un instante?

Por primera vez, el miedo de la joven se mezcló con el fuego de la cólera, ardiente y abrasador. Sí, ese ángel de ceniza podía transformar su rencor en algo útil, que la consolara, que la abrazara, que la llevara más allá del sufrimiento que había conocido hasta entonces.

—Tu odio puede abrirte puertas que creías infranqueables, todos los placeres del mundo serían tuyos en un santiamén. Solo tienes que elegir.

Y ella eligió. Al hacerlo, un pesar inmenso se levantó de sus hombros. Su semblante ya no irradiaba la ternura de antaño; una

chispa nueva, nacida del resentimiento, iluminaba su corazón marchito.

—¿Qué he de hacer?

El hada volvió a materializarse frente a ella, complacida.

—El primer paso —murmuró— siempre duele un poco, pero es el más necesario. Solo así te convencerás que todo cuanto deseas no es una ilusión, sino tuyo por derecho.

Acto seguido, conjuró una humareda que se transformó en una negra cuchilla.

—Que tu voluntad se mezcle con la ceniza. Que tu odio deje su huella.

La chica apenas vaciló, el odio en sus venas la impulsaba a moverse sin pensar demasiado. Deslizó el cristal contra su palma. El corte le provocó un dolor agudo que subió por su brazo y le arrancó un alarido. Reprimió las lágrimas. Su sangre chisporroteó al contacto con la ceniza caliente, luego ascendió en gotas carmesíes que se evaporaron en el aire. La herida se cauterizó de inmediato, dejando una marca peculiar: un ojo diminuto con una roja pupila. Al mirarlo, tuvo la sensación de que realmente la observaba. Nunca volvería a estar sola.

—Ya me perteneces —declaró la criatura, rodeándola con un torbellino de humo—. Ahora tu rencor es mío y tuyo será mi poder. No más llanto, pequeña mía. A partir de hoy, somos una.

* * *

El olor del estofado inundó la cocina como si tratara de disimular algo podrido en el ambiente. La chica descorazonaba unas manzanas cuando su madrastra irrumpió, envuelta en su bata de terciopelo.

—¡Estoy esperando mi desayuno! ¿Se puede saber por qué no has subido? ¡¿Acaso esperas que te sirva yo, criada asquerosa?!

—No, madame —respondió ella, bajando la cabeza.

—¡Entonces, muévete!

—Sí.

Mientras la mujer volvía a su habitación, la muchacha se apresuró a preparar una bandeja con huevos, pan y jamón ahumado. Tomó una copa y vertió el vino especiado que se calentaba en la estufa. La voz del hada resonó en su mente, suave como una fumarola:

«Que beba, niña mía, hazla beber. El vino será su espejo y en él verá lo que tú has visto, la podredumbre de su alma».

La pupila en su palma palpitó, emitiendo un destello rojizo. La punzada fue breve, casi dulce. Ella abrió la mano y dejó caer en la bebida un puñado de ceniza caliente. Luego, con la misma calma con que molía las hierbas para la sopa, trituró un trozo de cristal de un espejo roto que le habían arrojado sus hermanastras. Las astillas se disolvieron en un remolino de escarcha cristalina.

Subió una larga escalera de caracol, llevando la bandeja entre las manos. El dormitorio principal que había pertenecido a su padre conservaba un aire de lujo marchito. Cortinas de terciopelo empolvadas, una cama con un dosel de bordes desgastados, y el gran retrato del marqués, cubierto por una sábana amarillenta. Frente al tocador, su madrastra se alisaba el cabello con un cepillo de marfil. La luz del amanecer acentuaba las arrugas que ella se empeñaba en disimular inútilmente, aplicándose espesos polvos orientales.

—Ya era hora —dijo sin mirarla—. No sé cómo tu padre pudo dejarme una casa que se cae a pedazos y una hija tan inepta.

La joven se quedó lívida. El ojo volvió a parpadear, pulsando igual que un corazón ajeno.

—¿Por qué te quedas allí parada, estúpida?! ¡Sírreme!

—Perdóneme, madame —murmuró, colocando el desayuno sobre la mesa.

—No soporto ese olor agrio que traes contigo —añadió la mujer, mirándola por encima de su copa. El vino oscilaba dentro del cristal, irradiando reflejos escarlata.

La chica aguardó en silencio, expectante, mientras el oscuro brebaje se deslizaba por la garganta de su madrastra, quien bebió sin sospechar. El horror se desató un segundo después. La bruja

tosió, gimiendo y llevándose las manos al cuello, de su boca brotó una espuma rosada que enseguida se volvió roja. Su hijastra se apartó cuando extendió las manos hacia ella, buscando ayuda. Intentó pedir auxilio, pero solo consiguió vomitar una lluvia de sangre y astillas. Finalmente se desplomó con los ojos muy abiertos, decenas de cristales diminutos salpicaban sus labios heridos, reflejando las luces del fuego crepitante en la chimenea. El vino derramado formaba un charco espeso en la alfombra; olía a hierro caliente y ceniza.

A la joven le temblaban las manos, aún podía sentir el eco húmedo de sus últimos estertores, aguijonéandole los oídos. Al mirar aquel cuerpo inerte, tratando de asimilar lo que había hecho, el mundo se tambaleó bajo sus pies.

El hada, invisible, rió a sus espaldas. Su silueta emergió del rincón más oscuro de la recámara, vestida de brasas y niebla.

—Qué hermoso sabor tiene la sangre del odio —susurró, pasando la lengua ígnea por la comisura de sus labios.

La muchacha retrocedió un paso, horrorizada, en tanto la criatura se inclinaba sobre el cuello desgarrado de su madrastra, dejando que la sangre corriera hacia su boca. La marca del pacto volvió a palpitar, ardiendo al compartir su placer.

—Yo no quería... —balbuceó.

El hada levantó la vista y sonrió, mostrando sus afilados dientes.

—Claro que querías. Llevabas años deseándolo, deja de mentirte a ti misma.

—Fue horrible... ella...

—¡Ella te hizo algo peor que esto! Te robó la voz, la dignidad, el derecho a existir. Pero ya no. Ahora eres libre.

—Libre...

Una llama repentina encendió su alma, relegando la culpa hacia el rincón más oscuro de su conciencia. El hada la rodeó con sus brazos de fuego tenue, brindándole el consuelo de una madre amorosa.